

Puerto de la Casa del Pavo Real

ACE algunos años, un joven recordaría una casa aislada de la capital, donde se encontraba una remota y adormecida población del Oeste. Nada había en ella de particularmente notable, salvo lo que le ocurrió ese día, lo que le quedó en todo sentido, para no decir lamentable. Vio venir hacia él a un hombre más bien anciano, sin alicio, de smoking, que lo tomó de la solapa de su traje y lo llevó a cenar con él. Estarían más cerca de la verdad, diciéndole que, más que un convite, fue una imitación. Como el sorprendido provinciano no lo conocía, ni a nadie en los costureros, la situación le pareció bastante singular; pero, suponiendo que se trataba de un extranjero de Londres, accedió al fin. Acompañado de su extraño huésped, fue a la hospitalaria mansión que se alzaba a lo lejos, pocos pasos de allí. A partir de ese instante, nunca reparó en el mundo de los vivos.

Ninguna de las explicaciones de estilo cuadraban con su caso. Los dos protagonistas eran tipos extraños el uno para el otro. El hombre de tierra adentro no trajo papeles, dinero, ni objetos dignos de mención, y tampoco parecía de naturaleza de llevarlos. Por otra parte, su huésped revelaba todos los signos de una prosperidad casi agresiva: forro de seda, un talzador de piedras opalescentes en un codo, y un cigarro que parecía perfumar toda la calle. Por lo tanto, debía descartarse el robo como móvil del crimen.

En realidad, ese móvil fue uno de los más extraños del mundo: un extraño, que un hombre valga haberlo podido hacer cien veces antes de dar con el clavo.

Más aún, es dudoso que alguien hubiese dado jamás con la solución, a no ser por el ligero barullo de excentricidad que le provocaba a otro joven, al que la casualidad puso sobre ese mismo camino una o dos horas más tarde. Pero no debe creerse que el recurrente, para dilucidar el enigma, a ninguna manera de detective, y menos, de aquellos detectives populares que sólo se concentran en la atención en las circunstancias y los hechos ajenos al crimen, y a quienes seculum una presencia de ánimo excepcional.

Será más exacto decir que entre los hombres que resuelve, en cambio, por ausencia de ánimo. Cualquier objeto que cayera en el camino de la visión delirante, en su mente como un talismán, y lo contemplaba hasta que, como una pesadilla, se le aparecía, o se le aparecía a él, una estrella de mar o un canario habiendo contestado al instante a todas sus preguntas, en la presente circunstancia, empujando al punto de referencia los hechos triviales.

Había vagado sin rumbo por la placida calle suburbana, siguiendo con ojos de codicia las manchas doradas de los coches de las lujosas y de las pobres. Pero no contemplaba las más de las veces con los ojos de la curiosidad, sino con los ojos de la codicia, y repetidos hasta el infinito como los versos de un poema, se le aparecían esas personas para quienes la repetición es sinónimo de monotonía. En un momento de la vida, se le aparecía una propiedad, tuvo la sensación de la soledad, y la sensación de un color nuevo en el universal, pero un verde mucho más azul que parecía derivar de un azul eléctrico a medida que se alejaba de la realidad, revelando una penumbra clara sobre un color lúgubre; era un pavo real. Pero su mente había imaginado mil cosas antes de verlo en el cielo. El azul pronunciado del plumaje lo había hecho pensar en una luna azul, y la llama en alguna demencia fantástica, antes de advertir que sólo se trataba de un pavo real.

Y la cola, estela suntuosa de ojos, había hecho pensar en aquellos sombríos pero divinos monstruos del Apocalipsis, cuyos ojos se multiplicaban como sus alas, antes de reparar en que la presencia de un pavo real, aun cuando en un sentido más lato, era un espectáculo sobraluminoso, extraño en paisaje tan común.

Porque el Gabriel Gale (así se llamaba el joven) era un poeta místico, descollaba en cambio como pintor, y en su calidad de figura fluyente y enmarcada de la bella perspectiva, había sido invitado más de una vez a los grandes burques de la aristocracia, donde los puros rector formaban, por así decirlo, parte integrante del paisaje. La elección de sus propiedades trajo a su memoria el recuerdo de una amiga, remota y solitaria, que amurra para él la casi intolerable belleza de un navío perdido. Creyó ver durante un instante, una media hora, el pavo real, pero al llegar a los últimos peldaños se detuvo un instante, torció el gesto, y, acelerando su ascensión, el interior de la estancia.

Imaginación y las asonanzas se desvanecieron, aun persistiendo en la interrogante: ¿qué había en el jardín de esa pequeña residencia suburbana, un pavo real? Parecía demasiado grande para el lugar, como si, al desplegar sus alas, fuese a derribar los árboles que hallara a su paso.

Estas reflexiones de giro ya más práctico desfilaban por su mente antes de que ésta se detuviera en la más práctica de todas: que en los últimos cinco minutos había estado apoyado en un portón ajeno, con el aire definitivo de un campesino apocado en el cerco que circunda su propiedad. Le salir alguien de la casa, habría contemplado sin extrañeza la escena; pero no nadie salió. Antes bien, al salir de la casa, habría contemplado sin extrañeza la escena; pero no nadie salió. Antes bien, al salir de la casa, habría contemplado sin extrañeza la escena; pero no nadie salió.

Enfrentado la soledad, una brisa de ese jardín grande masas de flores rojas, y, en el conjunto, la casa resultaba más azul que el terreno donde se encontraba. Acentuaba esa impresión el hecho de hallarse en un algún proceso de reparación, pues, al salir, se agolpaba contra la pared, una esclera, usada según todas las apariencias por los albañiles para hacer al piso superior. Además, varias plantas de flores coloradas habían sido cortadas, aplandadas en el borde de la ventana del primer piso, y algunas volutas al desprenderse, se posaron en los peldaños de la escalera. La mirada de Gale abarcó gradualmente todos estos detalles, mientras una expresión de sorpresa invadía poco a poco su semblante ante el contraste que formaba la casa con la escalera, y el río jardín con el pavo real. Era casi como si el paisaje pasara y las flores aristocráticas hubiesen estado allí antes de los ladrillos burgeses y el mortero.

Uno de los rasgos salientes de Gale era su ingenuidad, que a menudo podía tomarse por impudencia. Como muchos seres humanos, era capaz de cometer muchas acciones subterráneas, avergonzadas después por ellas. Pero mientras sus intenciones fueran malas, nunca se le habría ocurrido sentir vergüenza de una cosa. La invitación a la escuela y la ventana abierta era demasiado obvia para que él se aventurara. Comenzó a subir como si se tratase de la escalinata de un hotel. Pero al llegar a los últimos peldaños se detuvo un instante, torció el gesto, y, acelerando su ascensión, el interior de la estancia.

La penumbra que allí reinaba parecía oscuridad después del esplendor del atardecer, y transcurrieron uno o dos segundos antes de que el tenue resplandor reflejado por un espejo, nuncio de la penumbra, apareciera las características de la habitación. Parecía polvorienta y de aspecto más bien precario; los cortinados, de un azul verdoso pronunciado formaban, con todo, un fondo de colores mortecinos.

Al observar más atentamente el espejo, Gale notó que estaba roto. Sin embargo, era evidente que el cuarto había sido rodeado por una luz de inteligencia conchosa a insinuarse en su cerebro, cuando la puerta se abrió bruscamente, y un hombre, robusto y canoso, irrumpió en el cuarto.

Ese incidente tuvo la virtud de devolverlo a la realidad, como un hombre que, tras un prolongado salto en el espacio, siente de pronto el frío contacto del agua. Recordó abundantemente donde se encontraba y por qué me- dios había llegado hasta allí. Era muy característico en el que, si bien veía un punto práctico tráficamente, cuando lo veía por fin era con entera lucidez y en to-

por
G. K. CHESTERTON
Ilustraciones de Parnagott

do el salero derramado su contenido sobre el mantel y roto el espejo. Luego miró los cuchillos puestos sobre la mesa, y una luz de inteligencia conchosa a insinuarse en su cerebro, cuando la puerta se abrió bruscamente, y un hombre, robusto y canoso, irrumpió en el cuarto. Ese incidente tuvo la virtud de devolverlo a la realidad, como un hombre que, tras un prolongado salto en el espacio, siente de pronto el frío contacto del agua. Recordó abundantemente donde se encontraba y por qué medios había llegado hasta allí. Era muy característico en el que, si bien veía un punto práctico tráficamente, cuando lo veía por fin era con entera lucidez y en to-



El desconocido, que era probablemente el dueño de la casa, guardó durante un instante una actitud de profundo estupeor. Al abrir la puerta había tenido un violento sobresalto, pero se refrenó en seguida. Su rostro, vigoroso y asusto, estaba provisto de un par de ojos prominentes que le daban una apariencia de pueril protesta. Pero, por alguna misteriosa razón, no fue hacia esos acusadores donde concentró la mirada del poeta, sino hacia el alfiler que ostentaba la percha de la camisa, y que era un objeto luminoso. Por fin Gale sonrió con alivio y esperó que el otro hablara.

—¿Está usted un ladrón? — preguntó el dueño de casa cauteloso. — ¿Qué es lo suyo? — preguntó Gale. Pero si no se acordaba de otra cosa, se le ocurrió el nombre.

—¿Usted hombre? — preguntó Gale. Pero si no se acordaba de otra cosa, se le ocurrió el nombre. — ¿Usted hombre? — preguntó Gale. Pero si no se acordaba de otra cosa, se le ocurrió el nombre.

—No dudo de que usted sea un ladrón, — dijo, — pero no importa. ¿Quiere hacerme el honor de quedarse a cenar? Luego, tras una agitada pausa insistió.

—¿Qué es, se lo ruego; hay un cubierto para usted. — Gale recordó, con la vista la mesa y contó el número de cubiertos. El número de cubiertos era el mismo que el número de platos, y él se acordaba de haber visto un plato de comida en la casa.

—¿Qué es lo suyo? — preguntó Gale. Pero si no se acordaba de otra cosa, se le ocurrió el nombre. — ¿Usted hombre? — preguntó Gale. Pero si no se acordaba de otra cosa, se le ocurrió el nombre.

como Sir Daniel Creel, abogado de nota y tenía una mirada llena de inteligencia. Sus rasgos, algo desiguales, eran hermosos; pero las rasgos hundidos y la mirada profunda de los ojos le daban un aspecto de fatiga preciosa, que era mental más bien que física. La intuición del poeta le dijo que aquella apariencia, no era engañosa; que el hombre que había ido a parar a esa extraña sociedad había frecuentado muchas y extrañas a sociedades, buscando quizá algo más extraño de lo que ya conocía.

Transcurrido algún tiempo, sin embargo antes de que ninguno de los invitados pudiera revelar su personalidad, debido a la verborragia extrema de su anfitrión, Anaco Mr. Crundie creía apropiado, como presidente del Club de los Trece, el hablar con todos. Sea lo que fuera, durante unos minutos condujo por sí solo toda la conversación, agitando en su silla con satisfacción radiante, como un hombre que puede por fin realzar la aspiración suprema de toda la vida. En realidad, había algo de esta autoridad en la jovialidad jocunda de ese comerciante crítico, como esa locuacidad se alimentaba en un viento que nada tenía de festivo. Las palabras que, como un fuego cerrado, descendían a los ojos presentes, eran siempre de un gusto dudoso; pero él no parecía pensar así, pues las escuchaba con carcajadas ruidosas.

Fue después de una de sus retorcidas afirmaciones de que todas esas historias acerca de sus peritaciones no eran sino disparates de gente ignorante, cuando la aguda aunque temblorosa voz del anciano Creel, aprovechando una coyuntura, se hizo oír:

—Aquí, mi querido Crundie, denarar la historia de su vida, dijo con tono católico. Convergencia con que son disparates pero no son disparates del mismo orden. Por ejemplo, si considerara sus hechos históricos, me parece difícil de notable manera. El origen de alguna de esas suposiciones es obvia, y el otro es oscuro en extremo. Las conclusiones acude del día siguiente y el número tres son probablemente de fuente religiosa; pero que, originados por tener, por ejemplo, la creencia en el poder fatídico de las plumas de pavo real.

Crundie iba a contestar con un rugido jocundo que se trataba de otro disparate, sus inferencias como los demás, cuando Gale, que iba a se deslizar en el asiento próximo al hombre llamado Noddy, se interpuso con tonos naturales.

—Creo poder arrojar un poco de luz sobre este punto, — pronunció el poeta, — en una antigua superación en unos manuscritos luminosos del noveno siglo. Mi curiosidad, de estilo libre, me llevó a investigar la representación de dos efectos sorprendentes para una batalla en el reino de los muertos. El primero, Miguel tenía espadas a las espaldas, como las plumas de los ángeles rebeldes con plumas de pavo real.

No volvió bruscamente sus ojos hacia el poeta, sino que se volvió hacia el poeta, y dijo:

—Éste es un dato interesante, — dijo — ¿Usted quiere inferir, que los ángeles rebeldes con plumas de pavo real, son los ángeles rebeldes con plumas de pavo real.

—Hay en el jardín un pavo real entero para desplayar, — dijo — ¿Usted quiere inferir, que los ángeles rebeldes con plumas de pavo real, son los ángeles rebeldes con plumas de pavo real.

—No son armas muy eficientes, — repuso Gale, — pero yo sé lo que a mí me interesa, — pronunció el hombre del opaco con estabilidad. Voy a llamar a una batalla real y por la tanto de resultados dudosos, mientras las pérdidas trágicas de la victoria. No se puede luchar contra nadie con la batalla de la victoria.

Durante el desarrollo de esa conversación, Crundie dijo señas de una agitación curiosa: una agitación mucho menos radiante que al principio. Sus ojos prominentes interrogaban a los otros, sus labios se movían incesantemente, y sus dedos empujaban a los demás, como si les asustara su propia oscuridad. Dos de ellos se destacaban del grupo por la singularidad de ser, según todas las apariencias, cabas de los huesos de un hombre entero, de edad más que madura, con un rostro que era un laberinto de arrugas, y tenía la cabeza coronada por una peluca castaña. Le fue presentado

★ per PREMIANI

II. INEXORABLE severidad de las circunstancias! Los médicos que me atendían tuvieron que darme a más pedidos insistentes, a más ruegos desesperados, varias inyecciones de morfina y otras substancias para pasar como un gaudio suave a la garra con que habitualmente me torturaba la implacable enfermedad, una vez más veneno que Mitras. El caso era poner una sonda en caso de que la vida volara o bolar que alientaba mi trágico con su corriente de vida silenciosa dolorosa. Pero nunca se diga: he agotado el padecimiento, este dolor que esta vez único y terriblemente invariable. Pero hay espejo en la parca del corazón del hombre! Me despedí de los médicos y llevé la jeringa para inyecciones hipodérmicas de las pillosas de una ruina me tocó la fatalidad lo mismo que a Jacob el ángel que en las tinieblas lo tocó el ángel y lo derrengó, no pudiendo vencerlo. La hemiplegia, la parálisis que él, éste se puso a pastar un tiempo, y al poco rato se alzó. Quedaba ya abandonado en esa ruta solitaria donde no puede ni ser humano ni muchos días, y vece. Sin maldecir mi destino, porque se había gastado la maldición en mi boca y nada representaba ya. Y porque era el día de la vida en mi como las grullas que al día de la vida un ser constantemente agredido por la prodigalidad con que la vida una existencia abundante en dones.

Como el suelo en que está, a un lado del camino, era duro, y podía permanecer mucho tiempo allí, y poco me podía mover, me dediqué a cavar pacientemente con mi cortaplumas, la tierra alrededor de mi cuerpo. La tierra resultó más bien fácil porque el suelo de la península de la poca se fue enterrando en una especie de arena que resultó un lecho algo más tolerable que la superficie dura. Me dediqué a tragar con entusiasmo y a poca de haber determinado el "sueño" que precedió a "mi muerte". Era un extraño sueño y una muerte viva. El cuerpo tenía un poder mayor que el del alma, a ratos, porque en otros no entra en absoluto, exceptuando la cabeza que conservaba su sensibilidad.

Muchos días, me parece, pasó en esa situación y las pillosas negras según entrando por mi boca parecían descender por el tubo y ascender sobre las pillosas todo en oscuridad y en tierra.

La cabeza sentía y sabía que pertenecía a un cuerpo torcido, habitado por lombrices y escarabajos y llenos de gacaras fecales, daba por hornos. Pero experimentaba cierta calma y cierto gusto en ser de barro y de abstracción casi más. Así era y, cosa extraordinaria, había quedado mi cabeza inerte y nutrida por el barro como una planta.

Al principio se defendía a dentelladas de los pájaros de barro que querían comerle los ojos y la carne de la cara. Por el hormigón que siento adentro, creo que desde tener un nido de hornos cerca del corazón. Me alarga, pero me impide a andar y no se podía ser barro y andar. Todo tiene que ir, no saldrá al exterior de ningún amanecer ni atardecer, de ninguna estación.

Cosa curiosa: el cuerpo está atacado por las fuerzas destructoras de la vida y es un amasijo donde ninguna anatomía distingue de barro, gacaras y trabajos profundos de alientos que instalan en casa y, sin embargo, el cuerpo conserva su inteligencia.

Me daba cuenta de que mi cabeza recibía el elemento poderoso de la tierra, pero en una forma directa, idéntica a la de los vegetales. La savia sabía y sabía bien, de la vida de la savia que manaba nerviosamente el corazón. Pero ahora ¿qué pasa? Las cosas cambian. Mi cabeza estaba casi contenta con llegar a ser como un bulbo, una papa, un tubérculo, y ahora está llena de terror. Teme que alguno de esos paleontólogos que se pasan la vida humando la muerte, la destruya. O que esos historiadores políticos que son los otros empresarios de pompas fúnebres que acuden después de la inhumación, echén de ver la vegetación de mi cabeza. Pero, por suerte, no me vieran.

«¿Qué tristes! Ser casi como la tierra y tener todavía sensaciones de animal de amor».

Si me quiero mover me encuentro como pegado, como solidificado con la tierra. Me estoy dilucidando, voy a ser pronto un difunto. «¿Qué extraño planta es mi cabeza! Difícil será que dure su singularidad insignificante. Todo lo descalvan los hombres, hasta una moneda de dos centavos empujados».

Magistralmente se inclina mi cabeza hacia el cielo de bollojo que había puesto a mi lado cuando caí. La tapa que cerraba la máquina estaba abierta y una hilera de hornos pegados en una hilera había quedado limpia y guardada, pero en qué harpo de mi trajo, si todo mi cuerpo era esa tierra».

Sentía que mi transición a vegetal no progresaba mucho porque un gran deseo de fumar me torturaba. Ideas absurdas no entraban en la mente, ¿cómo iba a fumar si no tenía la necesidad de fumar?

«¿Qué tristes! Ser casi como la tierra y tener todavía sensaciones de animal de amor».

Si me quiero mover me encuentro como pegado, como solidificado con la tierra. Me estoy dilucidando, voy a ser pronto un difunto. «¿Qué extraño planta es mi cabeza! Difícil será que dure su singularidad insignificante. Todo lo descalvan los hombres, hasta una moneda de dos centavos empujados».

Magistralmente se inclina mi cabeza hacia el cielo de bollojo que había puesto a mi lado cuando caí. La tapa que cerraba la máquina estaba abierta y una hilera de hornos pegados en una hilera había quedado limpia y guardada, pero en qué harpo de mi trajo, si todo mi cuerpo era esa tierra».

Sentía que mi transición a vegetal no progresaba mucho porque un gran deseo de fumar me torturaba. Ideas absurdas no entraban en la mente, ¿cómo iba a fumar si no tenía la necesidad de fumar?

«¿Qué tristes! Ser casi como la tierra y tener todavía sensaciones de animal de amor».

Si me quiero mover me encuentro como pegado, como solidificado con la tierra. Me estoy dilucidando, voy a ser pronto un difunto. «¿Qué extraño planta es mi cabeza! Difícil será que dure su singularidad insignificante. Todo lo descalvan los hombres, hasta una moneda de dos centavos empujados».

Magistralmente se inclina mi cabeza hacia el cielo de bollojo que había puesto a mi lado cuando caí. La tapa que cerraba la máquina estaba abierta y una hilera de hornos pegados en una hilera había quedado limpia y guardada, pero en qué harpo de mi trajo, si todo mi cuerpo era esa tierra».

Sentía que mi transición a vegetal no progresaba mucho porque un gran deseo de fumar me torturaba. Ideas absurdas no entraban en la mente, ¿cómo iba a fumar si no tenía la necesidad de fumar?

«¿Qué tristes! Ser casi como la tierra y tener todavía sensaciones de animal de amor».

Si me quiero mover me encuentro como pegado, como solidificado con la tierra. Me estoy dilucidando, voy a ser pronto un difunto. «¿Qué extraño planta es mi cabeza! Difícil será que dure su singularidad insignificante. Todo lo descalvan los hombres, hasta una moneda de dos centavos empujados».

Magistralmente se inclina mi cabeza hacia el cielo de bollojo que había puesto a mi lado cuando caí. La tapa que cerraba la máquina estaba abierta y una hilera de hornos pegados en una hilera había quedado limpia y guardada, pero en qué harpo de mi trajo, si todo mi cuerpo era esa tierra».

Sentía que mi transición a vegetal no progresaba mucho porque un gran deseo de fumar me torturaba. Ideas absurdas no entraban en la mente, ¿cómo iba a fumar si no tenía la necesidad de fumar?

«¿Qué tristes! Ser casi como la tierra y tener todavía sensaciones de animal de amor».

Si me quiero mover me encuentro como pegado, como solidificado con la tierra. Me estoy dilucidando, voy a ser pronto un difunto. «¿Qué extraño planta es mi cabeza! Difícil será que dure su singularidad insignificante. Todo lo descalvan los hombres, hasta una moneda de dos centavos empujados».



El imperioso deseo de moverme iba cediendo al de estar firme y nutrido por una tierra rica y protectora. «Pero no es fácil conformarse y borraríamos con una goma lo que está escrito en el libro del destino si a no nos estuviera...».

«Voy a ser vegetal y no lo siento, porque los vegetales han descubiertos esto de su vida estática y egoísta. Su modo de cumplimiento y realización amorosa por medio de telegramas de pelen no puede satisfacernos como nuestro amor carnal y apretado. Pero es cuestión de probar y veremos como son sus voluptuosidades».

«Pero no es fácil conformarse y borraríamos con una goma lo que está escrito en el libro del destino si a no nos estuviera...».

«Voy a ser vegetal y no lo siento, porque los vegetales han descubiertos esto de su vida estática y egoísta. Su modo de cumplimiento y realización amorosa por medio de telegramas de pelen no puede satisfacernos como nuestro amor carnal y apretado. Pero es cuestión de probar y veremos como son sus voluptuosidades».

«Pero no es fácil conformarse y borraríamos con una goma lo que está escrito en el libro del destino si a no nos estuviera...».

«Voy a ser vegetal y no lo siento, porque los vegetales han descubiertos esto de su vida estática y egoísta. Su modo de cumplimiento y realización amorosa por medio de telegramas de pelen no puede satisfacernos como nuestro amor carnal y apretado. Pero es cuestión de probar y veremos como son sus voluptuosidades».

«Pero no es fácil conformarse y borraríamos con una goma lo que está escrito en el libro del destino si a no nos estuviera...».

«Voy a ser vegetal y no lo siento, porque los vegetales han descubiertos esto de su vida estática y egoísta. Su modo de cumplimiento y realización amorosa por medio de telegramas de pelen no puede satisfacernos como nuestro amor carnal y apretado. Pero es cuestión de probar y veremos como son sus voluptuosidades».

«Pero no es fácil conformarse y borraríamos con una goma lo que está escrito en el libro del destino si a no nos estuviera...».

«Voy a ser vegetal y no lo siento, porque los vegetales han descubiertos esto de su vida estática y egoísta. Su modo de cumplimiento y realización amorosa por medio de telegramas de pelen no puede satisfacernos como nuestro amor carnal y apretado. Pero es cuestión de probar y veremos como son sus voluptuosidades».

«Pero no es fácil conformarse y borraríamos con una goma lo que está escrito en el libro del destino si a no nos estuviera...».

«Voy a ser vegetal y no lo siento, porque los vegetales han descubiertos esto de su vida estática y egoísta. Su modo de cumplimiento y realización amorosa por medio de telegramas de pelen no puede satisfacernos como nuestro amor carnal y apretado. Pero es cuestión de probar y veremos como son sus voluptuosidades».

«Pero no es fácil conformarse y borraríamos con una goma lo que está escrito en el libro del destino si a no nos estuviera...».

«Voy a ser vegetal y no lo siento, porque los vegetales han descubiertos esto de su vida estática y egoísta. Su modo de cumplimiento y realización amorosa por medio de telegramas de pelen no puede satisfacernos como nuestro amor carnal y apretado. Pero es cuestión de probar y veremos como son sus voluptuosidades».

En la tarde del sábado, Enrique Croce se sentó en el propietario de una libertad desahogada. Acaba de dejar su alma calca, de diez, de ofensiva de los días, de retumbos, todos los días, el hombre de la semana toma, en las horas del sábado, su inyección de morfina: el cine, la misma sala, de elegir. Esta palabra, elegir, tiene para Enrique Croce un gozo desahogado. Algo así como un impulso de aventura, de predilección. Es el absoluto gozador de ese mundo invertido de la pantalla. Nunca prevé su tarde del sábado, su morfina de ultra-realidad. Ya al encuentro de su absurdo con una tremenda ingenuidad. Entra por azar, recorriendo en el vestíbulo ignoto del mundo los afiches multicolores: títulos, nombres, que ante los afiches de los tentáculos, a supermundos, superaciones, superdientes.

Entonces, retarda la hora de entrar, el momento de sacar su billete de entrada, fuma un cigarrillo, la mirada saltando sobre las palabras del alfano que empieza a excitarse, de Enrique Croce. Deja que los dedos para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

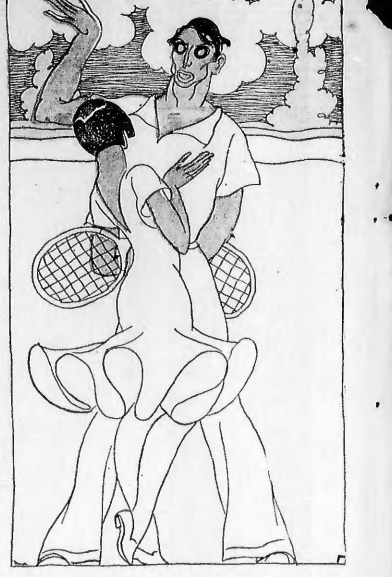
Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.

Antes de entrar, en probada detección, se asoma a la cabina para oír los rayos de los tentáculos, se afanen por robarle su espacio de sonar. El día tiene dominado, infundido y siempre lo encontrará porque es su creencia, su fanatismo.



Ahora, en la tarde del domingo, siento en el ramalazo del alboroto. Ahí está en medio del court" de tennis del Club Bancario, con el Club de la Legación. Está de pantalón blanco y camisa de color, abierta, bajada sobre el pecho desnudo, con el gesto identificado de un hombre que se le da la mano.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

St. Poldano uno de su morfina, de su fricción, de su impulso que lo ha arrejado, por algunos horas, 1905 de su mismo.

BRASIL GERSON
Ilustración de Guevara

1



En Otro País

En el año la guerra estaba siempre ahí, pero nosotros ya no labamos. Hacía frío en el otoño en Milán y oscurecía temprano. Luego se acercaban las lluvias y era agradable errar por las calles mirando las vitrinas.

Había mucha cosa colgada afuera en las tiendas y en las plazas. Los chicos se baticaban en el viento y el viento les dolían las plumas. Era un otoño frío; el viento bajaba de las montañas. Estábamos todos las tardes en el hospital; había muchos trayectos para llegar, cruzando la oscura ciudad. Donde de los caminos corrían camiones, pero eran largos. De cualquier modo había que cruzar algún puente. Había tres puentes para elegir. Era uno había una mujer que vendía castañas asadas; era confortable pararse delante de su fuego de carbón, y las castañas calentaban después el bostido. El hospital era muy viejo y hermoso. Uno entraba por una puerta de roca y atravesaba una sala y luego otra. Detrás del viejo edificio estaban los nuevos pabellones de ladrillo, y ahí nos reuníamos cada tarde y éramos muy corteses, y nos sentábamos en los aparatos que iban a hacernos tanto bien.

—¿Qué era su afición antes de la guerra? ¿Algun deporte? —Sí, fútbol, le respondí.

—Bueno, pues jugar usted al fútbol de mayor y mejor que nunca, me dijo.

—Mi aparato era como un triángulo para flexionar mi rodilla; pero está no se podía jugar y el pedál instaló sin resultado. El doctor decía: —Esto pasará. Usted va un muchacho de suerte. Va a jugar de nuevo como un campeón.

A mí le daba su antebrazo el Mayor que tenía una mano consumida, como la de una estatua. Me guiaba un ojo cuando el doctor le examinaba la mano (entre dos cintas de cuero que sujetaban y bajaban haciendo arrastres en dedos duros) y preguntaba: —¿Jugará usted también al fútbol, capitán? Había sido el mejor esgrimista de Italia, antes de la guerra.

El doctor le traía de su escritorio una fotografía que mostraba una mano en idénticas condiciones, y otra, apenas más grande, después de empujar el aparato.

El Mayor tomaba la fotografía con la mano sana y la escudriñaba.

—Un herido?, preguntaba.

—Un accidente de trabajo.

—Muy interesante, muy interesante, repeta, y luego la devolvía.

—¿Tiene usted confianza?

—No.

Había tres muchachos más o menos de mi edad que venían todos los días. Los tres eran de Milán. Uno de ellos debía ser abogado, el otro pintor, y el tercero, quería ser soldado. A veces, cuando salíamos del hospital, caminábamos juntos hasta el Café Cova que estaba al lado de la Scala. Como éramos cuatro, alquilábamos el barrio comunista, que era el camino más corto. Los gente nos odiaba porque éramos oficiales y desde una cantina al lado gritaba: "¡A basco, gli ufficiali!"

Otro muchacho, que solía venir con nosotros, llevaba un pañuelo de seda negro atado sobre la cara porque no tenía nariz, y iban a reconstruir la cara. Había dejado la Academia Militar para irse al frente y lo habían herido al cargo de una hora. Le reconstruyeron la cara, pero descendía de una antigua familia, y nunca pudieron hacerle la misma nariz.

Todos teníamos las mismas medallas, salvo el muchacho, que no había estado lo suficiente en el frente para obtenerla. El alto, de la cara pulida, el que debía ser abogado, había sido lugarteniente de Anelli y tenía tres medallas como las nuestras. Había vivido mucho tiempo junto a la muerte, y era un poco indiferente. Todos éramos un poco indiferentes y no había nada que nos hiciera, salvo el encontrarnos todos las tardes en el hospital.

Cuando cruzábamos juntos los suburbios, con luces y canciones que salían de las cantinas, y a veces teníamos que bajar a la calle, porque los hombres y mujeres se apilaban en la vereda, de suerte que hubiera sido necesario empujarnos para obtener paso; nos sentíamos ligados por algo que había sucedido y que ellos, nuestros enemigos, no podían comprender.

Nosotros comprendíamos la Cova, porque era poco iluminada, injusta, abrigada, bulliciosa y ahumada a ciertas horas; además, siempre había muchachas en las mesas, y diábolos ilustrados en la papeleta.

Las muchachas de la Cova eran muy patriotas. Descubrí que la gente más patriota de Italia eran las mujeres de los cafés; y que que todas lo son.

Mis compañeros, al principio eran muy respetuosos con mis medallas y me preguntaban qué había hecho para conseguirlas. Yo les mostré los papeles escritos en bellísimo lenguaje y llenos de "Fraternidad y Abnegación", pero que en realidad decían, reñidos los adjetivos, que me habían sido otorgadas las medallas porque era americano.



Después variaron para conmigo, aunque siempre era su compañero contra los de afuera. Con ellos se había aliado de otro modo y lo que ellos habían hecho para merecer las medallas era distinto. Yo había sido herido, por cierto; pero ya se sabía que el ser herido era un accidente más bien.

Nunca me avergonzaba de haber sido condecorado, aunque a veces, después de la hora del coctail, me imaginaba un héroe; tenía mucho a la muerte y a veces de noche me quedaba en cama de miedo, preguntándome cómo reaccionaría cuando voliera al frente.

El Mayor que había sido un gran esgrimista, no creía en "herotismo" y pasaba gran parte de su tiempo en el aparato, corrigiendo mi gramática. Me había ponderado lo bien que yo hablaba el italiano y conversábamos juntos sin dificultad. Un día dijo que el italiano me parecía un idioma tan difícil, que no podía dedicarle mayor interés. Todo era tan simple de decir.

—Ah, sí — respondí él —, ¿por qué no estudia gramática, entonces?

Tomé la gramática y pronto el italiano fue para mí tan difícil que no me animaba a hablarlo hasta conocerlo a fondo.

El Mayor era constante en su asistencia, aunque estoy seguro que no creía en la eficacia del tratamiento. Siempre hizo un momento de dictado y un día el Mayor dijo que todo era una tontería. Los aparatos eran nuevos y nosotros servíamos para curarlos.

—Es una idea estúpida, una teoría como cualquiera, agregó. Yo no había estudiado gramática y el decía que yo era un imbecil. "¿Qué loco había sido, me molestaba por eso?"

Era de corta estatura, y se sentaba firme en su silla con la mano escondida, la mirada siempre en alto, mientras las cintas de cuero articulaban sus dedos duros.

—¿Qué hará usted cuando la guerra termine, si es que termina? —Me ire a Estados Unidos.

—¿Es usted casado?

—No, pero quiero serlo.

—¿Vaya que loco, dijo (parecía muy enojado). Nadie debe casarse.

—¿Por qué, señor Mayor?

—No me llamo señor Mayor.

—¿Por qué no debe nadie casarse?

—No puede casarse, si puede casarse! — decía enojado —. Si está destinado a perderlo todo, no puede casarse.

¡No! Debería buser lo que no se pierde. (Habla con la cabeza erguida y visiblemente contrariado).

—Pero, ¿por qué es preciso que la pierda todo?

—La perderá — decía, mirando la pared —. Luego volverá a hacer el aparato, sacará su pequeña mano, y la golpeará duramente contra su pierna.

—La perderá — repetía casi gritando — ¡no me disculpa y luego llamo al asistente. Vaya y dé vuelta este endemoniado aparato!

Valió a la pieza contigua para el tratamiento de rayos y masajes. (Oí que pedía permiso al doctor para usar su teléfono), y luego cerró la puerta.

Cuando regresé, llevaba la capa y el kesi; se dirigió directamente a mí y poniendo su brazo en mi hombro, me dijo, golpeándome con su mano sana:

—Lo siento, mi mujer acaba de morir. He estado disculpando.

—¿Oh! dije lamentando por él, ¿cuánto lo siento!

Se mantuvo firme, mortificado su labio inferior.

—Es tan difícil, dijo. No puedo resignarme.

Miraba a lo lejos; más allá de la ventana. Luego empezó a llorar.

—Me siento completamente incapaz de resignarme — decía (y la voz se le ahogaba).

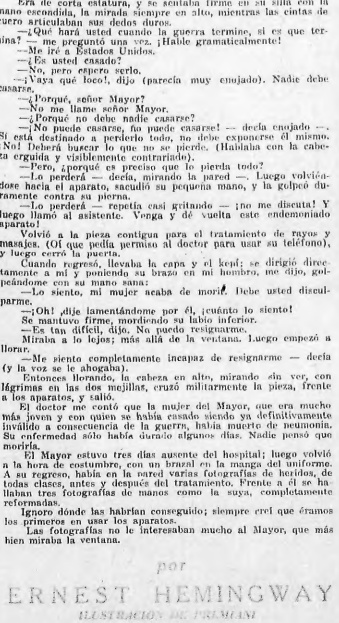
Estábamos llorando, la cabeza en alto, mirando sin voz, con lágrimas en las dos mejillas, cruzó militarmente la pieza, frente a los aparatos, y salió.

El doctor me contó que la mujer del Mayor, que era mucho más joven y con quien se había casado siendo ya definitivamente invalido a consecuencia de la guerra, había muerto de neumonía. Su enfermedad sólo había durado algunos días. Nadie pensó que moriría.

El Mayor estuvo tres días ausente del hospital; luego volvió a la hora de costumbre, con un brazo en la manga del uniforme. A la regresa, había en la pared varias fotografías de hombres, de todas clases, antes y después del tratamiento. Frente a él se hallaban tres fotografías de manos como la suya, completamente reformatas.

Igualmente donde las habrían conseguido; siempre creí que éramos los primeros en usar los aparatos.

Las fotografías no le interesaban mucho al Mayor, que más bien miraba la ventana.



ERNEST HEMINGWAY

Novelas Sintéticas

TAMBIEN el quiso escapar al laberinto y harto de la literatura y del periodismo prefirió acompañar a un marino que hacía la pesca de ballenas en los mares del Sur.

Estamos de vuelta. Paramos en un bodegón maloliente.

LA RATA: —Pasan ustedes. Tenemos un reservado. Ese, el primero, "Los Salones de la Pompadour".

EL DUENDE DEL DESIERTO: —¿Algo se mueve.

JUAN EL PESCADOR: —Aquí se está bien. Afuera hay diez grados bajo cero.

PEDRO EL ARTISTA: —He conocido lugares parecidos en el trópico. ¡Qué raro! Las mismas cosas, el plano oscuro y grotesco, un breve viento de colores excitantes. Con la diferencia que en el tremendo calor al tremendo frío.

Desaparecen detrás de la cortina roja.

EL DUENDE DEL DESIERTO: (Hace un guiño y se pierde en la noche misteriosa y dura de Río Gallegos).

EL PROFESOR RECIBIDO EN VIENA: —El análisis ultra-microscópico no engaña. Ha sido usted contagiado.

PEDRO EL ARTISTA: —¿Es posible? (No está equivocado).

EL PROFESOR RECIBIDO EN VIENA: (Señala el diploma que está sobre la mesa). —Me ofende usted.

EL DUENDE DEL LABORATORIO: —¿Algo se mueve?

EL PROFESOR RECIBIDO EN VIENA: —No se aflija. César Borgia, Napoleón, Lenin y otros locos, padecieron el mismo mal.

La mañana trae un montón de pájaros al sol y las muchachas ríen y los cantores chillan.

EL DUENDE DEL LABORATORIO: (Hace un guiño y desaparece por el pasillo helado, con guantes largos, de goma, como los de la Muerte).

Se dispone a escapar otra vez aquel laberinto. En aquella ciudad donde nadie lo conocía le fue fácil hacer un empleo en la usina. Al tiempo funcionaron mal los viejos fueles de sus pulmones. No podía respirar. Sentía algo desgarrado, adentro.

EL DUENDE DE LA USINA: —Algo se mueve.

Pedro retornó a su pasillo.

LOS ANTIGUOS CAMARADAS CORDIALES: —¡Ma la suerte!

EL FAMOSO RADIOLOGO: —Las placas indican cavernas en ambos pulmones.

PEDRO EL ARTISTA: —¿Será posible?

EL FAMOSO RADIOLOGO: (Señala el diploma que está sobre la mesa). —Me ofende usted.

EL DUENDE DE LOS RAYOS X: —Algo se mueve.

EL FAMOSO RADIOLOGO: —No se aflija. Muchos grandes personajes han sido atacados por el mismo mal. Grandes poetas, grandes pintores.

La mañana es alegre. Se oyen bocinas de automóviles y lentos pasos de colegiales con cartitas y buzinas azules.

EL DUENDE DE LOS RAYOS X: (Desaparece por el pasillo helado, con guantes largos, de goma, como los de la Muerte).

Nada de pneumo-tórax. Hay que ir a climas de altura.

No se ven bujío el sol, en el aire dorado del pueblo serrano. Pero al anochecer, en los portales, en las plazas (la iglesia está casi destruida, el órgano enfermo), en los bordes del río, viven Los Rosados Amores Tuberculosos.

EL DUENDE DE LA TUBERCULOSIS: —Algo se mueve.

Por la mañana murió Pedro el Artista. Tuvo un nuevo vomito de sangre. Sus compañeros se confundieron. No hubo nada que hacer.

LA DUERA DE LA PENSION: —Murió ahogado por la sangre.

UN COMPASERO: —Me dejó la victrola.

OTRO COMPASERO: —Me regaló los libros.

LOS ROSADOS AMORES TUBERCULOSOS alargan sus sombreros azules y terribles, en los portales, en las plazas, (la iglesia casi destruida, el órgano enfermo), en los bordes del río, al pie de las cerros.

LAS ALEGRES MUCHACHAS ENFERMAS: —Era buen mozo.

—Era muy joven.

—Era muy educado.

—Escribía versos.

EL DUENDE DE LA MUERTE: —Algo se mueve, sin embargo.

JOSE EL EMIGRANTE: —Cuando haga la América estará de vuelta.

CARLOS EL EMIGRANTE: —Volveré cuando reúna un dinero.

El barco parte. Ellos se van, los otros se quedan y sobre el muelle vuelven algunos pañuelos, cascadas de fruta, papales y flores.

—Adios, adios.

DIEZ AÑOS DESPUÉS: José ha progresado. Su pequeño bote de zapatero, se ha convertido en tres grandes fábricas. Carlos, menos incursuloso, menos intrépido, ocupa un puesto de máquina en el primer establecimiento de su amigo. José no puede retornar todavía. Los otros se van, los otros se quedan, a que le sobre. Está ya comprometido, la virginidad suya de la fortuna se opone a su partida. Tiene intereses que cuidar, intereses que aumentar. Carlos tampoco puede volver. La falta de dinero lo ata a la América. Ni puede enviar pasajes para su mujer y su hijo.

EL DUENDE DE LA REBELDIA: —No hay derecho a que tú vivas miserablemente mientras él se bodea de toda clase de comodidades.

LA CHISPA (la que provocará el incendio), salta de la máquina al cerebro del hombre. Carlos se dirige al "Private" del patrón.

JOSE EL PODEROSO: —¿Qué deseas de mí?

CARLOS EL DESGRACIADO: —Deseo que aumentes los jornales, que rebajas las horas de trabajo y que vuelvas a emplear a los cien camaradas que despedistes ayer.

JOSE EL PODEROSO: —No es posible. Pierdo dinero.

CARLOS EL DESGRACIADO: —Conformate como camarada.

JOSE EL PODEROSO: —Debo volver a mi tierra.

CARLOS EL DESGRACIADO: —Yo también.

JOSE EL PODEROSO: —No tengo nada que agregar.

EL COMITE DE HUELGA está reunido. Los carcos de los caballos, como roncans tamborines anuncian la terminación brusca del mitin. Un sabalazo abre la ventana. Tres hombres caen. Un hombre huele.

CARLOS EL DESGRACIADO: —Se ha hecho tarde. Hemos perdido la batalla y me han abierto la cabeza.

EL DUENDE DE LA REBELDIA: —No hay derecho a que tú tengas la cabeza abierta, mientras él observa desde el balcón como se disuaden a sus camaradas.

LA CHISPA (la que provocará el incendio), salta de la máquina, movida por los espurios, al cerebro del hombre.

Caminemos por las calles y por las plazas. Refugiéndonos en el campamento de desocupados hasta que nos echen de allí. Todos los días son iguales y el hombre ya casi se soporta. Un día, acercándonos a la cantina de un compartorio. Allí nos ofrecerán comida y nos darán comedidas. Entonces aceptaremos el primer trabajo. Aceptaremos el segundo trabajo, y al cabo de un tiempo, nos harán jefes de la pandilla. Es muy fácil.

CARLOS EL BANDIDO: Valgo tanto como José el Poderoso. Tengo dinero y poder. Pero a él lo protegen las leyes, aunque en su fábrica trabajan niños de ocho años y aunque se las arregle para no pagar demasiados impuestos y ningún impuesto. Yo estoy al margen de la ley, y tengo una deuda que saldará, antes de volver a mi país.

CORO DE BANDAS: —Tenemos una deuda que saldará.

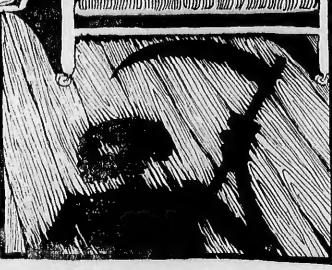
EL DUENDE DE LA VENGANZA: —Puedes ir. Está solo.

Marcha con las manos atadas a la espalda. Lo sientan en un banquillo y quieren verarle los ojos pero él se resiste. Un sacerdote se acerca pero él lo rechaza. El piquete esta formado. El oficial va a dar la orden.

CARLOS EL CONDENADO: —Ninguno de los dos regresaremos.

EL OFICIAL: —¿Tiene algo que decir?

CARLOS EL CONDENADO: —Sí. Que ninguno de los dos regresaremos.



RAUL GONZALEZ TUÑON



JOSE EL EMIGRANTE: —Cuando haga la América estará de vuelta.

CARLOS EL EMIGRANTE: —Volveré cuando reúna un dinero.

El barco parte. Ellos se van, los otros se quedan y sobre el muelle vuelven algunos pañuelos, cascadas de fruta, papales y flores.

—Adios, adios.

DIEZ AÑOS DESPUÉS: José ha progresado. Su pequeño bote de zapatero, se ha convertido en tres grandes fábricas. Carlos, menos incursuloso, menos intrépido, ocupa un puesto de máquina en el primer establecimiento de su amigo. José no puede retornar todavía. Los otros se van, los otros se quedan, a que le sobre. Está ya comprometido, la virginidad suya de la fortuna se opone a su partida. Tiene intereses que cuidar, intereses que aumentar. Carlos tampoco puede volver. La falta de dinero lo ata a la América. Ni puede enviar pasajes para su mujer y su hijo.

EL DUENDE DE LA REBELDIA: —No hay derecho a que tú vivas miserablemente mientras él se bodea de toda clase de comodidades.

LA CHISPA (la que provocará el incendio), salta de la máquina al cerebro del hombre. Carlos se dirige al "Private" del patrón.

JOSE EL PODEROSO: —¿Qué deseas de mí?

CARLOS EL DESGRACIADO: —Deseo que aumentes los jornales, que rebajas las horas de trabajo y que vuelvas a emplear a los cien camaradas que despedistes ayer.

JOSE EL PODEROSO: —No es posible. Pierdo dinero.

CARLOS EL DESGRACIADO: —Conformate como camarada.

JOSE EL PODEROSO: —Debo volver a mi tierra.

CARLOS EL DESGRACIADO: —Yo también.

JOSE EL PODEROSO: —No tengo nada que agregar.

EL COMITE DE HUELGA está reunido. Los carcos de los caballos, como roncans tamborines anuncian la terminación brusca del mitin. Un sabalazo abre la ventana. Tres hombres caen. Un hombre huele.

CARLOS EL DESGRACIADO: —Se ha hecho tarde. Hemos perdido la batalla y me han abierto la cabeza.

EL DUENDE DE LA REBELDIA: —No hay derecho a que tú tengas la cabeza abierta, mientras él observa desde el balcón como se disuaden a sus camaradas.

LA CHISPA (la que provocará el incendio), salta de la máquina, movida por los espurios, al cerebro del hombre.

Caminemos por las calles y por las plazas. Refugiéndonos en el campamento de desocupados hasta que nos echen de allí. Todos los días son iguales y el hombre ya casi se soporta. Un día, acercándonos a la cantina de un compartorio. Allí nos ofrecerán comida y nos darán comedidas. Entonces aceptaremos el primer trabajo. Aceptaremos el segundo trabajo, y al cabo de un tiempo, nos harán jefes de la pandilla. Es muy fácil.

CARLOS EL BANDIDO: Valgo tanto como José el Poderoso. Tengo dinero y poder. Pero a él lo protegen las leyes, aunque en su fábrica trabajan niños de ocho años y aunque se las arregle para no pagar demasiados impuestos y ningún impuesto. Yo estoy al margen de la ley, y tengo una deuda que saldará, antes de volver a mi país.

CORO DE BANDAS: —Tenemos una deuda que saldará.

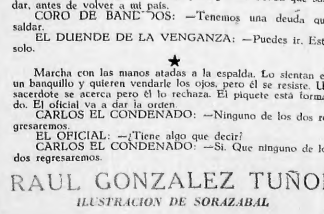
EL DUENDE DE LA VENGANZA: —Puedes ir. Está solo.

Marcha con las manos atadas a la espalda. Lo sientan en un banquillo y quieren verarle los ojos pero él se resiste. Un sacerdote se acerca pero él lo rechaza. El piquete esta formado. El oficial va a dar la orden.

CARLOS EL CONDENADO: —Ninguno de los dos regresaremos.

EL OFICIAL: —¿Tiene algo que decir?

CARLOS EL CONDENADO: —Sí. Que ninguno de los dos regresaremos.



RAUL GONZALEZ TUÑON



En el regreso a su casa, con un inesperado regalo de una moneda de diez chelines bien segura en el bolsillo, el muchacho, en medio de su dicha, sintió un repentino y alarmante arranque de piedad por el viejo ciego que marmuraba su humilde actividad, de pie en los peñales de la capilla, y con una extraña comoción, dejó caer la moneda en la palma abierta, derecha y hacia, viendo los corbates de los que palparon sus bolsillos y se cerraron firmes sobre ella, como si la moneda hubiera sido la calera de un chivo bandido muy hondo.

En seguida un resaca mecánica de agradecimiento salió de la boca, entre unos lacarones de barba, "gracias de todo corazón, bendito amigo. No puedo volver a Ud. pero el Señor ruega, y recomiendo por mis Dioses teóricos por sus buenos sentimientos."

El muchacho no dijo nada. Las palabras eran frías y sin sentido, lo que le había espantado. Ya se arrepentía de no haberse quedado en la capilla, recordando el precio de algunas satisfacciones. Ciertamente, tuvo tentaciones de arruinar la moneda y correr, de dar dolores de cabeza, al menos que tenía un error, que había creído que era solo un penique. Pero no podía, que alguien lo miró con atención, sospechando alguna mala forma, y el mismo salió de cierto que el ciego no perdería de buena gana su tesoro.

Mientras vacilaba miserablemente, los horrores ojos azules del ciego se agitaron, perdieron su lucidez filigrana y parpadearon con lágrimas azules por un instante. Anunciado y sin darse por ello, pues ahora había con seguridad que había sido engañado, que el hombre no era ciego.

Por unos minutos vagó, con los pulso apretados, vacilando de terribles castigos, cavilando como congozno. Inexplicablemente se paró en la puerta cruzó la estrecha y atarazada calle, acercándose con cuidado hacia arriba, reflejándose en un zafiro sonriente desde donde dominaba la puerta de la capilla, confuso y avergonzado, pero decidido a probar el fraude por el mismo. Por largo rato miró con toda su filigrana, murmurando con ruidos de voz, que un vehículo pasaba lento entre los árboles, y le parecía que su ropa ya estaba para ser crecida, se le achicaba más y más.

Finalmente empezaba ya el chivo a pensar que había hecho un equívoco, pero cuando la duda era más fuerte, un relámpago de luz y la calera del hombre, que se desprendió hacia el despacho de bebidas a una carrera de diablitos, y el muchacho salió con una nueva seguridad, recordando la rápida mirada, la expresión alcoholista de sus ojos y la fea boca expectante.

No sería capaz de resistir la atracción del mostrador mucho tiempo, y menos con tanto dinero en el bolsillo.

Trascurrió un instante en el que la moneda de diez chelines estaba hundida en el suelo baldoso, con su propia adquisición perdida, y solo inserta en perspectiva. Recordaba los "crumples" del regalo, como había leído al día, como la moneda misma parecía inclinada y caída con una vida propia, contenta con la acogida entusiasta de él.

Con orgullo la había llevado durante el día, ploteando su gloria alegromente pero con economía, aprovechando el menor valor de cada penique. Su salario no fue nunca mayor de diez chelines por semana, y era necesaria para su juicioso y paucísimo padre, que le había dado la ropa, ahora que ya no tenía padre. A veces podía encontrar algún medio chelín extra para el, pero le era imposible pagarle con alegría, recordando el triste trabajo de cuando.

Pero estos últimos años habían sido otra cosa, una verdadera maravilla. Ahora, preguntaba cómo pudo perderla

Cuando al fin inició vacilante su movimiento, el muchacho se encontró más en el zaguán y observó temeroso como el hombre, empujando el bastón con más fuerza, golpeaba su camino con el, cabeza erguida bajo su galería y ojos vacuos y fijos. En nombre de Dios pidió ayuda para cruzar la calle, e inmediatamente se le abrió una senda, al guíndole un murmullo de compasión. Una vez que cruzó y e seguridad pasó al lado del muchacho, cantando en alta voz arrastrando los pies y tirando golpes a diestra y siniestra con su bastón, para apartar de su camino los chicos, que jugaban podían estorbarle. El muchacho lo seguía de cerca, bien atento para darse con el impostor en la esquina, divirtiéndose en ver como la gente saltaba a poca distancia del pesado bastón, que caía en su balanceo al avanzar.

Por todas partes lo recibían acometidos la simpatía y la promesa de todos, y hasta los niños lo observaban con sus ojos intrigados y respetuosos, y uno de ellos que intentó gritarle algo en su espalda, fue impedido por energía.



Así fueron, casi juntos los dos, dando por una calle estrecha y mal oliente, con carros de vendedores ambulantes a los lados, de sendas luces de aceite no y kerose. Algunos vendedores ambulantes a Pake en estilo humorístico, y él contestó con una voz, llena de temor de Dios, aceptando un regalo al pedacito frío de una rubi cucha y pintoresca mujer que cuidaba su puesto de ventas como un altar. Pasando por una cacería humilde y vacía, arrastrando un poco, ojos y nariz inquietos por el vaho de mullas, y luego tropezó con prudencia entrando en una quietud callejuela de zurdos depósitos, peloponeso y contando medicamentosa, y de repente a un patio de calabazas, sin susurros, empujando su camino entre pilas de cajones hasta una escalera de mano que llegaba a un ático.

Por ahí trepó gruñendo, deteniéndose en la cima un instante para escuchar y mirar en la oscuridad abajo, antes de empujar la puerta. Con calma entró al ático, cerrando la puerta de un golpe tras él.

Desconcertado el muchacho se ocultó tras las pilas de cajones en el patio, imaginando una cueva de ladrones con Carlitos. Pero como Jefe. Nada se podía hacer. Todo era tan explicado naturalmente, pero él sabía que el hombre era un impostor. Acababa al ático para ver algo, pero no apareció. Un chivo no necesitaba luz. Si estaba allí en su cuarto sin una luz, es que era ciego. Era fácil convencerse. Con el mayor cuidado se puso a trepar por la escalera, temiendo que el hombre saliera de repente y lo echase abajo. Dura alcanzó la cima al fin, y se puso a escuchar en la penumbra, sin ver al principio más que los latidos en su pecho. Luego, como una idea que empieza, oyó el sonido de monedas y un murmullo era "¡Jefe!". Tenía la luz. El hombre estaba allí. Febrilmente buscó una grieta en las vigas bajas torcidas y rajadas, hallando pronto el agujero de un nudo en la madera, a la altura del pecho. Pero parecía solo haber mucho dentro.

Suspirando aún hurgó con un lápiz hasta que milagrosamente se vibró una claridad mínima, pues el lápiz había levantado algo la viga baja tendida alrededor del ático. Trápidamente, porque eran tan chicos el agujero y el paso que él podía tan estrecho, el muchacho tentó y espasmo sin poder ver nada. Sin embargo, con más audacia y un cambio de ángulo, se mostró una veta muerta en un balde dado vuelta, y algunos rasgos de la penumbra se aclararon, siempre con su griterío. El muchacho engañó con su mirada incompleta los ojos del zorro, no ya fijos sino apreciando el movimiento de monedas, de depaunados monedas de diez chelines; "¡Ah, no había estado! ¡Cómo se la había el pedacito frío y la calabaza! ¡Cómo agotaba whisky de una botellita! Luego de lavarse los labios con calma, tomó la moneda del muchacho, se envolvió la bufanda en su gorlo cuello, y se dio vuelta, levantándose seguro para empular de nuevo el grueso bastón.

Desde de pádelos el muchacho se zambulló en la escalera, saltando en los escalones con tanta la profusión que los niños daban, temblando de miedo y de asco, no pensando más que en escapar, mientras se la escalera se sacudía bajo su peso. Al fin seguro el el suelo, se le ocurrió una brillante idea. Apuradamente se metió a la habitación, y consiguió destilar a un metro de su primera posición.

En la segunda posición, el muchacho se abrió chirriando y Carlitos Pake empujó la puerta tras él, volviéndose confusamente para bajar, pero muy ansioso por irse a otros asuntos. Un gran estorbo era de bardo, y cayó como un murciélago herido.

El muchacho capó escondido, pero no oyó nada. Ya alarmado, aunque con cierta alegría por su triunfo, se arrastró hasta el montón confuso, tanteando hasta encontrar de memoria cada uno de los chelines y se los echó al bolsillo con pleno alivio. Como posesión de la moneda mudada, le volvió la confianza y rápidamente se puso en posición la nueva, serpeó fuera del patio, caminando para sí: "¡Voy vivo corriendo! ¡Dios vivo corriendo!" Y echando a correr el mismo en cuatro tomó otra calle, deteniéndose solo para lavarse su moneda, para que gustara más a la que lo esperaba con paciencia: su madre.

Por más de una hora acurrado con sola atención, forjando fuertemente toda clase de planes para detener ese juego de un vez. Por ejemplo, revelar chistes.

Esa habitación estaba hacia la derecha a Dios por sus dones, a mucha gente que alcanzaba monedas a la palma pronta, entre todo mujeres y hombres le colaban en menor número. Y así el muchacho no se impresionaba; sabía más que ellos, sabía que los frecuentes miradas hacia el bar no eran accidentales.

Por más de una hora acurrado con sola atención, forjando fuertemente toda clase de planes para detener ese juego de un vez. Por ejemplo, revelar chistes.

Esa habitación estaba hacia la derecha a Dios por sus dones, a mucha gente que alcanzaba monedas a la palma pronta, entre todo mujeres y hombres le colaban en menor número. Y así el muchacho no se impresionaba; sabía más que ellos, sabía que los frecuentes miradas hacia el bar no eran accidentales.



por

H. A. Manhood

Ilustración de Poragoni



¿ADONDE ESTA MI BAÑADERA?

¿SU ESPOSA, MAJESTAD.



¿ADONDE ESTA MI BAÑADERA?

¿SU ESPOSA, MAJESTAD.



¿ADONDE ESTA MI BAÑADERA?

¿SU ESPOSA, MAJESTAD.



EN alegre retorno a su casa, con un inesperado regalo de una moneda de dos chelines bien segura en el puño cerrado, el muchacho, en medio de su dicha, sintió un repentino y abundante arranque de piedad por el viejo ciego que mantenía en su humilde actividad de pie en los pedánculos de la capilla, y con una extraña conexión, dejó caer la moneda en la palma abierta, dura y sucia, viendo los cortos dedos que palparon sus bordes y cerraron firmes sobre ella, como si la moneda hubiera sido la cabeza de un clavo hundido muy hondo.

En segunda un rezongo nivelado de acroclimacris, saliendo de la boca de los labios harapos de barbas: "gracias de todo corazón, bondadoso amigo. No puedo venir a Ud. pero el Señor puede hacerlo. Yo me quedo en la bendita por sus buenos sentimientos..."

El muchacho no dijo nada. Las manos eran frías y aún sentía, no lo que había esperado, ya se arrepentía de su impulso. Finalmente había arrojado la preta y se había enfrentado. Constatado, tuvo tentaciones de arrancarle la moneda y correr, de dar débiles excusas, aunque él sabía que era solo un penique. Pero un policía que pasaba lo miró con atención, sospechando alguna mala intención, y él se dio cuenta de que si el riesgo no cediera le salía gana su tesoro.

Mientras vacilaba miserablemente, los borrosos ojos azules del ciego se agitaron, peraltaron su vacía flecha y parpadearon con una vacilante tuerca por un instante. Anonadado y con miedo, el chico siguió sin gana por la vereda, pues el ciego había perdido la seguridad que había sido engañado, que el hombre no era ciego.

Por unos minutos vació, con los pulmones apretados, concluyendo que debía castigos, cavilando cómo vengarse. Incapaz de olvidar su perdida cruzó la estrecha y oscura vereda hacia el ciego, cuidando hacia atrás, refugándose en un zaguán sombreado desde donde dominaba la puerta de la capilla. Con el corazón decidido a probar el fraude por sí mismo. Por largo rato miró con toda su flejea, murmurando con los labios secos, en su vehículo pasaba lento entre los dos, y le parecía que su ropa ya chirra por el roce, que él se acababa más y más.

Ello no sería capaz de resistir la atracción del mostrador mucho tiempo, menos con tanto dinero en el bolsillo.

que la moneda de dos chelines estaba hundida en el suelo bajo el sillón, con su poder adquisitivo casi nulo, y con una perspectiva devaluada. Recordaba las circunstancias del regalo, cómo había sido el momento en que él le había dado el dinero, cómo ella se había echado con una vida propia, contenta con la acogida entusiasta de la casa.

Con orgullo la había llevado durante el día, planeando su compra alegremente pero con un poco de recelo, pensando en el valor de cada penique. Su salario no fue nunca mayor de diez chelines por semana, y todo el mundo sabía que ella era una "gente media" que le daba al menos un poco de respeto. Pero ahora que y ropa, ahora que ya no tenía nada que hacer, ella se había echado a ella algún medio chelín extra para él, pero le era imposible gastarlo con alegría, recordándole que él tenía que ir a trabajar.

Pero estos últimos hechos habían sido otra cosa, una memoria maravillosa, una experiencia que ella nunca olvidaría. Él había sido tan feliz, tan contento, tan orgulloso, tan feliz.

Cuando al fin inició vacilante su movimiento, el muchacho se entró más en el agua y observó a temeroso como el jugador, empujando el bastón con fuerza, él, cubría, erguido bajo su galleta y ojos vacuos y fijos. En el fondo de Dios pudo ver la raza cruzar la calle, e inmediatamente se la abrió una senda, si guedoleste un murmullo de compasión. Una vez que cruzó y seguridad, pasó al lado del muchacho, cantando en voz baja, paratrasando los pies y tirando golpes a destra y siniestra con su bastón, para advertirle si camino los chicos, que jugaban podrían estorbarle. El muchacho se seguía de cerca, sin apartarse con el imponente en el lecho la gente saltaba en la "puñal" distancia del pesado bastón, e no cesaba en su balanceo al avanzar.

Por todas partes lo recibía acompañada la simpatía y la ayuda de todos, y hasta los que habían le observaban con silencio y respeto, y a veces ellos que intentó agitarle sobre su espalda, fue impedido con energía.

de, dejándose llevar por una ráfaga oleada de sangre generosa, que le hizo parecer bello y noble. Pero la ingenuidad, la ingenuidad lamentable, pues si siquiera ayudaba a un buen hombre a ser un buen hombre, ¿qué le hacía ser un buen hombre, que no era él ni necesitado; aunque esto no iba a ser el caso, pero él se había dado cuenta de ello que se sintiera el muchacho. ¿Dónde estaba Dios que permitiera que un hombre como él se sintiera así?

Cuando averiguaron Luchini, el cielo se había oscurecido hasta ser de noche, con manchas y volutas de nubes, que eran difíciles de observar ya, pues las pedradas de la capilla estaban ya muy altas, y él se había ido al patio, imaginando una cueva.

[illegible]

Por más de una hora se echó con toda atención, forajudo feroz, por ejemplo, de planeación para detener ese juego de un vizco. Tor chame, revelar chue

[illegible]

Casi en seguida la puerta de altillo se abrió chirriando y Cándido salió al patio. Allí se encontraba la puerta tras la cual, volviendo confiadamente para bajar, había encontrado a los señores de la casa. Veintafondo aún por irse a otro trabajo, y el señor de la casa, el hermano, y cayó como un murciélago herido.

—¿Qué esperaba, hermano? ¿Que, pero no oyó nada? Ya sabes, aunque con cierta elegancia, pero no te voy a decir que el montón cangrejo, tantas veces te encuentras su moneda de la suerte, pero no te voy a decir que con pleno juicio. Con la suerte, pero no te voy a decir que la suerte volvió la confianza y, rápidamente, pues en posición la suerte...

por
H. A. Manhood
Ilustración de Parguonoff

YO NO SÉ QUIEN
INVENTO LOS BI-
CHOS COLORADOS.

¿QUIERES QUE TE
RECITE UN SONETO
CON ESTRAMBOTE?

COMO HAREMOS A LA

PARA DESATAR
LO ?

HABRIA
QUE LLAMAR
A UN NUDISTA
ALEMAN.

CARGA,
MUCHACHOS.

¿ADONDE ESTA MI BAHADERA?

SU ESPOSA, MAJESTAD.

CASCADA EN

NO TE PONGAS ASI, QUINCU CESI MA ESPOSA

¡AUXILIO!
¡ME MATAN!

GLISOTE C

LLEGAMOS
A LAS CASAS.

MUY BIEN
AMIGO.

VOY A VER SI ME
ESPERA MI
CHINA CON
EL MATECITO.

NO HAY
QUIÉN LO
MUEVA;
GUERRA
QUEDITAS.

AHÍ TIENEN
USTEDES EN
LO QUE VAN
A PARAR LOS
MALEVITOS.

OLADO

A cartoon illustration showing a large, spiky dinosaur being pulled back by a group of people. A speech bubble from the dinosaur says "¡OH!". The scene is set outdoors with some trees in the background. The drawing is signed "J. K. 1983" in the bottom right corner.

DEL PALACIO

¡AN, AN, AN!
EL PALACIO
REAL
DESTRUIDO!

US PILCHAS

QUIERO QUE ME
DE VUELVAN MI
DENTADURA
POSTIZA.

PUERTA

¿USTED QUIEN ES?

YO SOY EL POETA, POR TALRA VER, SOYARI, PAVADOR DISCOBOLO.

ES EL MEDIAS.

© 1985 BY NEAL SWARTZ

¡SALUD, CHE,
COMISARIO!

¿COMISARIO DE
CAMPAÑA? ¿QUÉ
ES ESO? YO SOY
EL REY DEL
MUNDO.

H. A. Manhood
Ilustración de Parpagnoli